

EL MÉTODO ETNOGRÁFICO COMO ARTESANÍA ANTROPOLÓGICA: LAS CONTRIBUCIONES DE ROSANA GUBER

Por segunda vez, Rosana Guber, destacada antropóloga de referencia en todo el mundo latinoamericano e hispanoparlante, nos honra contribuyendo un texto inédito suyo como artículo inaugural de un nuevo número de *AIBR, Revista de Antropología Iberoamericana*. Después de haber analizado en «Pensar la investigación de campo desde Ibero-América: 4 líneas y 4 paradojas» (Guber, 2020; cfr. también Gómez-Pellón, 2020) cómo hacemos trabajo de campo etnográfico fuera de las antropologías metropolitanas del «Norte global», Guber ahora nos presenta en este número sus reflexiones acerca de la etnografía de la guerra.

Rosana Guber escribe su artículo al amparo de una prolongada y fructífera trayectoria como antropóloga argentina, formada entre su natal Buenos Aires y Baltimore, Maryland (Estados Unidos). Después de cursar la Licenciatura en Ciencias Antropológicas en la Universidad de Buenos Aires y posteriormente la Maestría en Ciencias Sociales en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, también en Buenos Aires, obtuvo un Master of Arts (M.A.) y luego un Ph.D. en Antropología, ambos en la Johns Hopkins University de Baltimore, Maryland.

De regreso a la Argentina, nuestra autora, como Investigadora Superior del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET) y como docente universitaria en el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), contribuye decisivamente a la consolidación de la ciencia antropológica en la época de la «post-dictadura» argentina, dedicándose a la formación de nuevas generaciones de antropólogas y antropólogos en el Programa de Antropología Social del Centro de Investigaciones Sociales (IDES-CONICET), pero igualmente en los Programas de Postgrado en Antropología Social de la Universidad Nacional de Misiones y de la Universidad Nacional de San Martín, al tiempo que desarrollaba otras colaboraciones docentes a nivel nacional e internacional.

Tanto sus propios trabajos de campo etnográficos como su experiencia en la formación de las nuevas generaciones antropológicas argentinas y latinoamericanas nutren sus principales publicaciones etnográficas y metodológicas. Sus principales trabajos de campo, ya históricos y de referencia obligada para la antropología latinoamericana, configuran el giro de la etnografía hacia el estudio antropológico de las «otredades cercanas», de los sujetos objeto de estudio que no se caracterizan por hallarse distantes geográficamente, sino por representar diversidades y desigualdades internas de las naciones latinoamericanas. De su pionero

trabajo de campo en Villa Tranquila, una de las así llamadas «villas miseria» del extrarradio bonaerense, surge su obra temprana *El salvaje metropolitano* (Guber, 1991), hoy un libro de referencia que ya augura la centralidad que su autora le irá otorgando a la orientación metodológica de sus trabajos.

Uno de los trabajos de campo que más novedoso resultó en su momento fue su investigación doctoral, titulada *From chicos to veteranos: Argentine uses of memory and the nation in the making of Malvinas postwar identities*, investigación pionera de la que surgieron varios libros monográficos que en su conjunto constituyen una etnografía de las FFAA argentinas y de su papel en la llamada Guerra de las Malvinas / Falklands de 1982 (Guber, 2004, 2012 y 2016). Gracias a su explícita reflexividad etnográfica, la autora logra retratar los «saberes vividos» de los protagonistas de su etnografía, particularmente de los pilotos de las Fuerzas Aéreas Argentinas, en su función generadora de nuevas identidades y simbologías, como la de los «halcones cazadores» entre soldados de un cuerpo de élite.

Otra veta riquísima de la obra de Rosana Guber es su giro hacia la historia de la etnografía, un giro que realiza a partir de la reconstrucción del papel desempeñado por la antropóloga Esther Hermitte en el ya legendario «Chicago Chiapas Project», dirigido por Norman McQuown de la Universidad de Chicago en los Altos de Chiapas en los años sesenta del siglo pasado (Guber, 2013). Guber reconstruye el proceso de investigación etnográfica de quien posteriormente sería su primera mentora, haciendo particular énfasis en los procesos de reflexividad de ida y vuelta, de «doble reflexividad» (Dietz, 2011) entre la etnógrafa y su colaboradora, un rasgo etnográfico sustancial que le permitió a Hermitte «descubrir» y acuñar el término *nahual* para un personaje humano chamánico que tiene la capacidad sobrenatural de convertirse en un animal. Lejos de pretender constituirse en una canónica «historia de la etnografía» al estilo anglosajón hegemónico, la mirada microscópica, diacrónica y reflexiva le permite a Guber descubrir características de la etnografía como la necesaria reflexividad que posteriormente retomará y profundizará en sus libros metodológicos.

La obra de mayor difusión con la que nos ha obsequiado Guber es, sin duda, su ya clásica *Etnografía: método, campo y reflexividad* (Guber, 2001). Este «pequeño gran libro» no pretende ser un manual o una obra de referencia en la tradición anglosajona de los *handbooks* o los *companions*, sino que se nos presenta como una gran condensación retrospectiva de las experiencias etnográficas de su autora, con las cuales Guber logra ilustrar cómo la subjetividad de quien se dedica a la etnografía

como método de trabajo de campo nutre una «metodología artesanal» que parte de las reflexividades propias y ajenas en un constante proceso dialógico para «conocer de primera mano» cómo viven los distintos pueblos con los que convivimos y colaboramos en antropología. En nuestra lectura de esta obra, fundamental para la enseñanza y el aprendizaje del quehacer etnográfico hoy, destaca su condición «didáctica», su capacidad de tomar a la lectora, al lector aprendiz de la mano para acompañarlo en sus primeras experiencias de observación participante, de conversaciones etnográficas y de redacción de las primeras descripciones e interpretaciones de datos empíricos. De forma similar a la obra igualmente de referencia de Díaz de Rada (2011), este tipo de aproximación didáctica al método convierte la etnografía en una especie de artesanía antropológica, en un saber-hacer profesional que la o el aprendiz va descubriendo mientras es llevada o llevado «de la mano» por Rosana Guber en sus experiencias, sus reflexiones y su elaboración y aplicación de una *techné* específicamente etnográfica.

En el artículo que abre este número, Rosana Guber nos obsequia con el análisis de un asunto que, en términos generales, ha sido objeto de atención en numerosas ocasiones en la historia con escasos resultados. Se trata de saber cómo se escribe una guerra. La escritura de las guerras se halla regularmente asociada con el relato de los vencedores. Esto ha sucedido así históricamente debido a la ausencia de mecanismos que aseguraran la objetividad de los acontecimientos (Gómez-Pellón, 1995). El artículo de la profesora Guber es muy relevante porque encierra una propuesta efectiva para escribir acerca de los contendientes en la guerra. Lo que, en principio parecería que cae en los términos de la racionalidad, en la práctica no parece ser así. En su artículo, la Dra. Guber examina un acontecimiento nuclear de la llamada guerra de las Malvinas. Sin embargo, aquí hallamos la primera precisión, y es que estamos hablando de bandos contendientes, lo cual supone que la disparidad es la tónica. De este modo, la guerra de las Malvinas es el nombre que le dan los argentinos al conflicto, y, por influencia suya, en el ámbito latinoamericano e ibérico se le da el mismo nombre. Para los ingleses, este conflicto es el de la Falklands War, y por influjo inglés tal es el nombre común de este conflicto bélico en el contexto anglosajón.

El lector va a tener la fortuna de encontrar un minucioso análisis acerca de la escritura de la guerra en el artículo de la profesora Guber. El acontecimiento mollar en el que fija su mirada la autora es el del combate del Monte Longdon que se produjo entre la caída de la tarde del 11 de junio de 1982 y el amanecer del 12 de junio. El valor de la conquista de esta posición ocupada por las tropas argentinas radicaba en que este

altozano daba paso al cercano Puerto Argentino, lugar donde se hallaba la guarnición argentina. El combate resultó muy relevante para la finalización de aquella guerra, pero al mismo tiempo tiene un gran interés desde el punto de vista militar porque los contendientes pusieron en juego sus conocimientos tácticos y estratégicos. Más trascendente ha resultado ser el hecho de Longdon pasó a la historia como de un combate encarnizado, sumamente cruento, en el que los combatientes utilizaron procedimientos olvidados en la guerra de la segunda mitad del siglo XX, como fue el enfrentamiento cuerpo a cuerpo con uso de la bayoneta calada. El resultado del dramático recuso al arma blanca fue un doloroso número de pérdidas humanas en ambos bandos durante el asalto a la posición argentina, que llegó a la treintena entre los argentinos y a la veintena larga entre los británicos, mientras que los heridos fueron muy numerosos. Los combatientes británicos acabaron por tomar la posición de Monte Longdon que les permitía hallar el camino relativamente expedito que conducía a la conquista de Puerto Argentino (Port Stanley), marcando con ello un punto de inflexión en la guerra de las Malvinas.

La interpretación de los hechos no ha sido pacífica, sino más bien muy controvertida. Presentado el conflicto en ocasiones como una guerra externa, mayoritariamente ha sido contemplada como una continuación de la guerra interna de la dictadura argentina. Pues bien, Rosana Guber, adalid de la etnografía en las ciencias sociales, lleva años estudiando la guerra de las Malvinas. Precisamente, en su artículo nos muestra la propuesta de un equipo interdisciplinar, con el que ha trabajado nuestra autora con el propósito de tratar sobre la etnografía de la guerra. El artículo nos muestra cómo la antropología tiene reservado un lugar sobresaliente en el análisis de los conflictos, gracias a su larga trayectoria en la investigación cultural e intercultural, y a su dilatada experiencia en el diálogo intersubjetivo. En este caso, la profesora Guber ofrece una prolongada serie de conceptos teóricos destinados a la realización de una escritura certera de la guerra. Y lo hace a través de un artículo significativamente titulado «¿Cómo se escribe una guerra? Etnografía del reposicionamiento etnográfico».

El artículo de Jorge Alberto Rodríguez Herrera, de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, examina el caso del comercio trasterritorial de los planteros nahuas. Estos tenaces planteros, originarios de la Sierra Norte de Puebla-Hidalgo y del área Totonacapa-Montañas de Veracruz, asentados en Aguascalientes, dan vida a una actividad económica que comenzó a desarrollarse cuando nacía el siglo XX. Al mismo tiempo que el área alimentaba una intensa corriente migratoria, los migrantes trasladaban con ellos estilos de vivir que han perdurado en el

correr del tiempo, entre los cuales destaca el de su profundo sentido comunitario de la vida. Es de este modo como dan rienda suelta a unas redes sociales muy apoyadas en el parentesco, el compadrazgo y el paisanaje, mediante las cuales las personas crean vínculos duraderos con el entorno. Además, los planteros nahuas en sus movimientos trasterritoriales reproducen prácticas y modos de organización social que forman parte de su patrimonio cultural. Una de estas prácticas está determinada por su antigua forma de comerciar, sustentada en la movilidad y en una intensa circulación de bienes, ayudas y trabajo, cuyo marco es la reciprocidad. Sin embargo, no es una reciprocidad tradicional, puesto que incorpora elementos nuevos que permiten a los planteros introducirse en el mercado capitalista.

Mientras que los viejos nahuas practicaban un modo de vida agropecuario de subsistencia, los nuevos nahuas hubieron de recurrir frecuentemente a actividades que les permitieran ingresar en las relaciones de mercado impuestas por el capitalismo, de suerte que su especialización como planteros les permitió realizar este desplazamiento en el que no pusieron en riesgo su estilo comunitario de vida. En la actualidad, mientras algunos nahuas copan la actividad económica en el sector informal de la economía, otros nahuas optaron por la realización de actividades propias del mercado capitalista, como ha sido el caso de los planteros, cuyas redes comerciales alcanzan en nuestros días a ciudades, villas y pueblos de todos los Estados mexicanos. Más aún, aunque no faltan los planteros que generan relaciones sociales de explotación, es mucho más frecuente que, comprometidos con su percepción comunitaria del mundo, creen redes de ayuda en la relación con los trabajadores de los viveros y con los de las redes de distribución, sirviéndose para ello del hecho de que estos trabajadores son, por lo regular, familiares, parientes, vecinos y miembros de su propia comunidad étnica. Dicho de otra manera, ni siquiera las migraciones que comenzaron hace un siglo han logrado trastornar los principios de la reciprocidad que son inseparables de sus comunidades originarias.

Un nuevo artículo está firmado por Aleksandra Wierucka y Tomasz Lidzbarski, de la Universidad de Gdansk. La investigación se ha desarrollado en un barrio de Shell Mera (Ecuador), que tiene el nombre de Nuevo Amanecer. Los autores estudian los movimientos migratorios, de carácter interno, experimentados por los jóvenes shuar, los cuales vienen realizando importantes desplazamientos entre el medio rural y las áreas urbanas de Ecuador desde hace largo tiempo. En los orígenes de estos flujos están las desigualdades sociales provocadas por las políticas económicas neoliberales que priorizan las relaciones de mercado, pero también el atractivo

que representa para estos jóvenes el medio urbano que pone a su alcance un nuevo estilo de vida, con acceso libre a la educación y al mercado laboral. Sin embargo, esta ventaja se ve refrenada por importantes problemas, entre los cuales no son menores los motivados por la integración cultural y el desempleo, e incluso por otro obstáculo mayor para estos jóvenes, como es el de la pérdida de identidad étnica. La migración hacia las ciudades persiste porque el atractivo de la vida urbana es muy superior al que ejerce el medio rural en el que han nacido, lo cual no quiere decir que sean conscientes de los riesgos que los acechan en la ciudad.

Pero estos jóvenes también valoran extraordinariamente sus raíces culturales y asumen su pertenencia étnica a la nación shuar de sus antepasados. En la ciudad reproducen su etnicidad, mediante prácticas sociales heredadas, entre las cuales no son menores las celebraciones festivas. Y no solo eso, sino que tratan de mantener el vínculo con la tierra de sus orígenes, a la cual viajan periódicamente, y de conservar sus redes locales. La vida moderna, obviamente, exige actitudes nuevas que constituyen un reto para los jóvenes indígenas. De este modo, logran acomodar su tradición cultural a los requerimientos de la sociedad moderna, estableciendo nuevas relaciones sociales con los jóvenes de la ciudad, a veces pertenecientes a culturas muy distintas, y siempre sin renunciar a su propia cultura, y muy especialmente a una parte tan sensible y tan querida de su cultura como es la relativa a la lengua de sus antepasados. En consecuencia, la regla que rige las vidas de estos jóvenes es la del necesario acomodo a un entorno distinto del originario mediante adaptaciones progresivas que les permitan conservar lo sustantivo de su propia cultura.

Por su parte, Isabel González Enríquez, de la Universidad Complutense de Madrid, y Sandra Fernández García, de la Educación Nacional de Educación a Distancia, traen a colación el caso de las «contienas emocionales» mostradas por los emigrantes venezolanos en Bogotá. La situación política y económica de Venezuela es la causante de una diáspora masiva que tiene por destino las ciudades del continente americano, y particularmente Bogotá, como capital del país hermano. La proximidad cultural de Venezuela y Colombia es grande, entre otras razones porque ambos países poseen una larga historia compartida que les permitió alimentar el sueño de un Estado decimonónico que se denominó la Gran Colombia. Sin embargo, la vida de estos migrantes no es sencilla. La apariencia de la similitud cultural se desvanece ante la evidencia de un choque entre colectividades. Las autoras se han fijado en distintos ámbitos de interacción o de experiencia, como es el de la relación de los inmigrantes con la población local, y con más razón cuando esta última está representada por funcionarios públicos. La erosión de la confianza entre la sociedad receptora y la

de acogida ha acabado por hacer cada vez más tensa la convivencia en espacios específicos, como son los de acogida en la ciudad de Bogotá.

Las autoras ponen el foco en eso que denominan «emociones en movimiento». Los migrantes venezolanos ven comprometida su situación a causa de una relación familiar que suele ser transnacional y también por razón de una lucha permanente para lograr la reagrupación familiar, frente a la cual se alza a menudo la posibilidad del retorno. En la lucha por encontrar un lugar en la sociedad colombiana, tienen lugar fricciones, en las cuales se ven implicados sentimientos y emociones. Las actitudes de unos son percibidas con desconcierto y hasta con rechazo por los otros, en buena medida por razón de malentendidos. Los gestos, generalmente expresados con naturalidad, dan lugar a fricciones. La razón de esta tensión radica en buena medida en que la convivencia está regida por relaciones asimétricas de poder, que menoscaban la moral de unos y alimentan el dominio de los otros, en un clima de continuas incomprensiones.

Elizabeth Manjarrés Ramos, Lourdes Moro Gutiérrez y Margarita Savchenkova, de la Universidad de Salamanca, nos acercan a los pormenores de una «etnografía colaborativa y por demanda» desarrollada en un barrio obrero, reivindicativo y solidario de la propia ciudad de las investigadoras. Un barrio que, como tantos otros de las distintas ciudades españolas, surgió en los prolegómenos del siglo XX, como consecuencia de la arribada de familias inmigrantes procedentes del medio rural que aspiraban a encontrar un modo de vida en la ciudad de Salamanca, en cuyas afueras se instalaron progresivamente. Eran familias pobres que subsistían gracias a las redes sociales que tejían en su seno, las cuales explican el sentido identitario que posee el barrio en la actualidad, heredado en buena medida de un pasado relativamente cercano en el tiempo. La particularidad de la experiencia de estas investigadoras reside en que fueron invitadas, de manera inesperada según confiesan, a participar en la vida interna de la comunidad. Tanto es así que las autoras confiesan haberse sentido desorientadas, debido a su desconocimiento tanto del territorio como de las relaciones de grupo. El desconcierto propio de la desorientación hizo a las investigadoras adoptar lo que ellas denominan «dispositivos de orientación en el campo».

El artículo se detiene en la experiencia de estas tres investigadoras en un ámbito metodológico novedoso, como es el de la etnografía que, trascendiendo su carácter colaborativo, es también una etnografía «a demanda», en la cual la desorientación inicial se convierte en el estímulo que hace posible el cumplimiento de unos objetivos ambiciosos. Convencidas de que la desorientación puede convertirse en un recurso empírico, en

campos tan distintos como el geográfico, el social, el ético y el temporal, aparte del propiamente metodológico, las autoras se muestran convencidas, asimismo, de que el abordaje no habría sido posible sin la hospitalidad, que ellas perciben como una condición inequívoca que debe ir asociada a la etnografía auténticamente colaborativa. En efecto, según las autoras del artículo la antropología por demanda genera marcos de hospitalidad, aunque inmediatamente subrayan el hecho de que no conviene idealizar este tipo de etnografías, las cuales no son ajenas a las tensiones, especialmente a las generadas por la doble lealtad que percibieron desde el principio, por un lado, la sociedad de acogida, y, por otro, a la ciencia y la academia.

El último de los trabajos contenidos en este número trata de las complejidades propias de la movilidad y la contingencia en el reparto de la comida a domicilio. Lejos de la simpleza que idealmente se supone que recae sobre esta actividad, los autores, Diego Allen-Perkins y Carlos Diz, ambos de la Universidade da Coruña, junto a Montserrat Cañedo, de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, descubren una economía de plataforma, en la cual la movilidad se convierte en la esencia misma de una actividad económica que se inicia con la preparación de la comida y concluye con la entrega a domicilio. El proceso está regido por algoritmos que tratan de garantizar la entrega del producto en condiciones óptimas para el consumo, puesto que lo contrario entraña un fracaso empresarial incompatible con el éxito en un mercado marcadamente competitivo. Para su estudio, los autores eligen un producto, que es la hamburguesa Big Mac, y unos actores fundamentales, que son los *riders*.

La movilidad que experimentan los repartidores no solo está guiada por algoritmos, sino también por la contingencia cotidiana de la vida urbana que pone en riesgo la llegada de la comida de reparto en condiciones óptimas, todo lo cual supera con creces el diseño inicial de la cadena logística. Dicen los autores que, en el caso de la Big Mac que examinan, el hecho de que haya sido concebida para el consumo inmediato, expuesta a los riesgos del enfriamiento o de la ruptura del embalaje, convierten el quehacer de los repartidores en una actividad sustancial. Con acierto, los autores señalan que el trabajo de los repartidores es una tarea de mediación entre las expectativas generadas por la elaboración de algoritmos y las realidades materiales y sociales. Estos repartidores cumplen con la misión de impedir que la Big Mac se convierta en un residuo alimenticio, sirviéndose para ello de todas las herramientas a su alcance. Los autores emplean un enfoque etnográfico y sociotécnico para acercarnos a una realidad que es inseparable de la vivencia urbana de nuestro

tiempo. El *riders*, desde este punto de vista, tiene el tratamiento en el artículo de un «operador de contingencias» que se desplaza sobre el filo de la precariedad.

Este número se cierra con dos reseñas. La primera de las mismas está firmada por Mònica Martínez Mauri (Universitat de Barcelona), que se ocupa de una obra titulada *Lignit* (Barcelona: Editorial Finestres, 2025), cuya autoría corresponde a la ilustradora Emma Casadevall. El libro constituye una aproximación visual a la transformación general acaecida en Alt Berguedà, la cuenca alta del Llobregat y las sierras del Pre-pirineo, en un largo período de tiempo que se inicia a finales del siglo XIX y llega hasta el presente. La otra reseña es la de Jorge Otín Gavín (Universidad Nacional de Educación a Distancia) a propósito de la obra de Marcia C. Inhorn, cuyo título es *Motherhood on Ice. The Mating Gap and Why Women Freeze Their Egg* (New York: New York University Press, 2023), cuyo contenido gira en torno a las razones que llevan a las mujeres norteamericanas, con harta frecuencia, a congelar sus óvulos. La tesis de la obra es que, lejos de la suposición habitual de que la congelación de los óvulos por parte de las mujeres tiene causa en motivaciones profesionales, el trabajo etnográfico prueba que la causa mayoritaria es la dificultad de las mujeres para encontrar hombres educados y equitativos, con los cuales compartir vivencias, lo cual da lugar a una brecha procreativa o *mating gap*.

Una vez más, agradecemos a todos los que hacen posible la publicación de cada uno de los números de la revista, desde hace cerca de un cuarto de siglo, la colaboración desinteresada. El presente número, que se empezó a gestar varios meses atrás, y que hoy vemos felizmente concluido, es el resultado de un trabajo ímprobo, que no fructificaría si no fuera por la entrega de la totalidad de los participantes en el proceso. A todos ellos y a todas ellas les agradecemos la entrega denodada que han mostrado para lograr el objetivo primordial de ver publicado este nuevo número de *AIBR, Revista de Antropología Iberoamericana*.

Referencias

- Díaz de Rada, A. (2011). *El taller del etnógrafo: materiales y herramientas de investigación en etnografía*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Dietz, G. (2011). Hacia una etnografía doblemente reflexiva: una propuesta desde la antropología de la interculturalidad. *AIBR, Revista de Antropología Iberoamericana*, 6(1), 3-26.
- Dietz, G. (2014). La etnografía como artesanía. *Desacatos. Revista de Antropología Social*, 46, 223-225.

- Gómez-Pellón, E. (1995). La evolución del concepto de etnografía. En A. Aguirre Baztán (ed.), *Etnografía. Metodología cualitativa de la investigación sociocultural* (pp.21-46). Barcelona: Boixareu Universitària.
- Gómez-Pellón, E. (2020). Elogio del método etnográfico. *AIBR, Revista de Antropología Iberoamericana*, 15(3), 429-437.
- Guber, R. (1991). *El salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Legasa / Paidós [varias re-ediciones].
- Guber, R. (2001). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Norma / Siglo XXI [varias re-ediciones].
- Guber, R. (2004). *De chicos a veteranos: memorias argentinas de la guerra de las Malvinas*. La Plata: Ediciones al Margen-IDES Centro de Antropología Social [varias re-ediciones].
- Guber, R. (2012). *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica [varias re-ediciones].
- Guber, R. (2013). *La articulación etnográfica: descubrimiento y trabajo de campo de la investigación de Esther Hermitte*. Buenos Aires: Biblos.
- Guber, R. (2016). *Experiencia de halcón: ni héroes ni kamikazes, pilotos de A4B*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Guber, R. (2020). Pensar la investigación de campo desde Ibero-América: 4 líneas y 4 paradojas. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 15(3), 439-462.

Gunther Dietz
Universidad Veracruzana

Eloy Gómez-Pellón
Universidad de Cantabria